



Título original: *A Room of One's Own*

© 2025, de la traducción por Andrés Prieto Fernández
© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11 3.º 1.ª Izq., Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

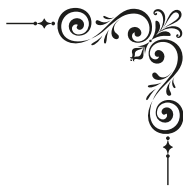
ISBN: 979-13-87575-71-7
Código IBIC: FC
DL: B 11.148-2025

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Kim Amate

Impreso en noviembre de 2025 en  Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.



VIRGINIA WOOLF

UNA HABITACIÓN PROPIA

TRADUCCIÓN DE ANDRÉS PRIETO FERNÁNDEZ



Newton Compton Editores
Barcelona, 2025



El siguiente ensayo se basa en dos conferencias impartidas en octubre de 1928 en la Sociedad Artística del Newnham College y en la ODTAA (*One Damn Thing After Another*, «Una maldita cosa tras otra») del Girton College. Los textos tuvieron que recortarse para ajustarse a la duración prevista de las conferencias y, con posterioridad, se modificaron y ampliaron para su publicación.

CAPÍTULO I

Sin embargo, me diréis, te pedimos que hablastes sobre la mujer y la ficción. ¿Qué tiene que ver eso con una habitación propia? Intentaré explicároslo. Cuando me solicitasteis que hablase sobre la mujer y la ficción, me senté a la orilla de un río y me pregunté cuál era el significado de aquellas palabras. Podía limitarme a comentar un par de cosas sobre Fanny Burney, otro par sobre Jane Austen, un elogio de las Brontë y una descripción de la rectoría de Haworth bajo la nieve, algún apunte divertido sobre la señorita Mitford, si era posible, una respetuosa alusión a George Eliot, una referencia la señora Gaskell y con todo eso ya estaría listo. No obstante, al analizarlas con más profundidad, aquellas palabras ya no me parecieron tan simples. El título «Las mujeres y la ficción» tal vez significaba, y puede que fuera eso de lo queríais que hablase, las mujeres y su manera de ser, o las mujeres y la ficción que se escribe sobre ellas; o quizá quería decir que, en cierta manera, las tres cosas están inextricablemente entrelazadas, y por tanto esperabais que yo hablase desde este punto de vista. Ahora bien, cuando me planteé el tema desde esta perspectiva, la más interesante para mí, enseguida me topé con un obstáculo insalvable: jamás podría llegar a ninguna conclusión. Jamás podría cumplir el que, según mi entendimiento, es el deber principal de un

conferenciante: ofreceros, tras un discurso de una hora, una pizca de verdad para que la envolváis con las hojas de vuestro cuaderno y la conservéis en la repisa de la chimenea para toda la eternidad. Lo único que podía hacer era daros una opinión sobre un detalle menor: una mujer debe tener dinero y una habitación propia si quiere escribir ficción; y eso, como veis, deja sin resolución el gran problema de la verdadera naturaleza de la mujer y la verdadera naturaleza de la ficción. He eludido el deber de alcanzar una conclusión sobre estos dos asuntos: las mujeres y la ficción continúan siendo, por mi parte, problemas sin resolver. Pero, para compensaros un poco, haré todo lo que esté en mi mano para contaros cómo llegué a esta opinión acerca de la habitación y del dinero. Desarrollaré ante vuestros ojos, con tanta precisión y libertad como me sea posible, el hilo de pensamiento que me llevó a pensar esto. Tal vez, si pongo sobre la mesa las ideas y los prejuicios que se ocultan tras este aserto, encontraréis que tienen algo que ver con las mujeres y la ficción. De todas formas, cuando un tema es muy polémico —y cualquier asunto relacionado con el sexo de las personas lo es—, no se puede esperar nunca decir la verdad. Solo puedes exponer cómo construiste tu opinión. Solo puedes dar a los oyentes la oportunidad de sacar sus propias conclusiones mientras observan las limitaciones, los prejuicios y las idiosincrasias del orador. Es probable que, en ese caso, haya más verdad en la ficción que en la realidad. Por tanto, he decidido que utilizaré todas las libertades y licencias de una novelista para contaros la historia de mis dos días previos antes de acudir a este lugar, de cómo, abrumada por el peso del tema que habíais cargado

sobre mis hombros, he dado muchas vueltas y lo he hecho entrar y salir constantemente de mi vida cotidiana. No es necesario que os diga que todo lo que os describiré no existe: Oxbridge es una invención, igual que Fernham, y el empleo del «yo» solo es un recurso práctico para hacer hablar a alguien que no es real. Me brotarán mentiras de la boca, pero tal vez entre ellas saldrá entremezclada alguna verdad; os corresponde a vosotras vislumbrar esta última y decidir si hay alguna parte que consideréis que se merece conservar. Si no, como es evidente, tiradlo todo a la basura y olvidaos de ello.

Entonces, así estaba yo (podéis llamarme Mary Beton, Mary Seton, Mary Carmichael o como prefiráis; no tiene la menor importancia), sentada a la orilla del río hace un par de semanas, aprovechando el buen tiempo de octubre, perdida en mis pensamientos. Ese yugo del que os he hablado, las mujeres y la ficción, la necesidad de llegar a alguna conclusión sobre un tema que despierta toda clase de prejuicios y pasiones, me hacía agachar la cabeza. A derecha e izquierda, unos matorrales dorados y carmesíes resplandecían con el color, o incluso diría que ardían con el calor, del fuego. En la otra orilla, los sauces sollozaban en un lamento perpetuo, con los cabellos cayéndoles sobre los hombros. El río reflejaba aquello que quería del cielo, el puente y el árbol en llamas, y, después de que un estudiante hiciese añicos los reflejos con los remos de su barca, estos volvieron a recomponerse, como si aquel estudiante nunca hubiese existido. Podría haberme pasado todo el día allí sentada, absorta en mis cavilaciones. El pensamiento –por llamarlo de una forma más digna de la que se merecía– había lanzado el anzuelo al río. Se balanceaba

continuamente, de un lado a otro, entre los reflejos y las algas, dejaba que el agua lo levantase y lo hundiese, hasta que, de repente, noté ese pequeño tirón que seguro que todas conocéis: una idea que se agolpa en el extremo del hilo, y entonces tiramos de ella con delicadeza y la dejamos con cuidado en el suelo. Ay, pero qué diminuta, qué insignificante se veía mi idea, allá tendida sobre la hierba; el tipo de pececillo que un buen pescador devuelve al agua para que pueda crecer lo suficiente hasta que un día merezca la pena cocinarlo y comérselo. En este momento no quiero desconcertaros con esa idea, aunque, si prestáis la atención suficiente, tal vez la descubriréis vosotras mismas a medida que siga hablando.

No obstante, por pequeña que fuese, poseía la misteriosa característica propia de esta clase de ideas: una vez de vuelta en la mente, de repente pasó a ser muy estimulante e importante; y, dado que no dejaba de saltar y zambullirse, y de moverse hacia arriba y hacia abajo como un relámpago, desencadenó un remolino de pensamientos tan tumultuoso que me resultaba imposible estarme quieta. Así, tuve que ponerme a caminar a toda la velocidad por el césped. De inmediato, la figura de un hombre se levantó para detenerme. De entrada, no entendí que las gesticulaciones de aquel sujeto tan extravagante, vestido con chaqué y una camisa elegante, se dirigían a mí. Su rostro expresaba horror e indignación. Fue el instinto, no la razón, el que acudió en mi ayuda: era un bedel y yo, una mujer. Ahí estaba el césped y allí, el camino. Solo los profesores y los académicos podían pisarlo; mi lugar era la gravilla. Enseguida lo vi claro. Así que regresé al camino, el bedel bajó los brazos, su rostro recuperó la serenidad

habitual y, aunque es mejor andar por el césped que por la gravilla, la cosa no pasó a mayores. Lo único que podía echarles en cara a los profesores y los académicos de aquella universidad, fuera la que fuese, era que, para proteger el césped, cuidado con tanto esmero a lo largo de los últimos trescientos años, habían conseguido ahuyentar a mi pececillo.

Ya no recordaba qué idea me había llevado a cometer aquella intrusión tan imprudente. El espíritu de la paz bajó del cielo como una nube, porque, si el espíritu de la paz habita en alguna parte, es en los patios y los claustros de Oxbridge una agradable mañana de octubre. Mientras paseaba por los terrenos de la universidad y pasaba por delante de aquellos edificios tan antiguos, tenía la sensación de que la dureza del presente se iba suavizando; parecía que el corazón se hallase en el interior de una milagrosa cámara de vidrio donde no pudiese penetrar el menor sonido, y la mente, libre de cualquier contacto con la realidad (salvo que volviese a pisar el césped), pudiera abandonarse a cualquier reflexión que estuviese en armonía con aquel preciso instante. El azar quiso que el neblinoso recuerdo de algún antiguo ensayo sobre una visita a Oxbridge durante el largo periodo vacacional me llevase a pensar en Charles Lamb: el santo Charles, como dijo Thackeray al ponerse una carta de Lamb en la frente. La verdad es que, entre todos los muertos (voy compartiendo con vosotras mis pensamientos tal como me iban surgiendo), Lamb es uno de los que me despiertan mayor simpatía, alguien a quien me habría gustado preguntar: «¿Podrías contarme cómo escribiste estos ensayos?». Porque sus ensayos son finos y mejores que los de

Max Beerbohm, pese a su perfección, eso pensé, gracias al salvaje estallido de imaginación, al relámpago de genialidad con el que de repente te encuentras en los textos de Lamb, que los vuelve defectuosos e imperfectos, pero los colma de poesía. Así pues, Lamb debió de estar en Oxbridge hace tal vez un centenar de años. De lo que no hay dudas es de que escribió un ensayo –del cual ahora soy incapaz de recordar el título– sobre el manuscrito de un poema de Milton que vio aquí. Tal vez era *Lycidas*, y Lamb describió su estupefacción al advertir que alguna palabra del poema era al principio diferente de como nos ha llegado. La idea de que Milton cambiase una sola palabra de aquel poema le parecía un sacrilegio. Intenté recordar todo lo que pude de *Lycidas* y me entretuve imaginándome cuál debía de ser la palabra que Milton había modificado y por qué. Entonces al final se me ocurrió que el manuscrito que había contemplado Lamb se hallaba tan solo a unos centenares de metros de donde yo estaba, de manera que podía seguir sus pasos a través del claustro hasta la famosa biblioteca donde se guarda el tesoro. Además, pensé mientras llevaba a término mi plan, en aquella famosa biblioteca también se conservaba el manuscrito del *Esmond* de Thackeray. Los críticos suelen afirmar que *Esmond* es la novela más perfecta de Thackeray. Pero, si no tengo mal recuerdo, su estilo afectado, que imita el del siglo XVIII, supone un obstáculo para el lector; ahora bien, es posible que el estilo dieciochesco fuese del todo espontáneo en Thackeray, algo que podría comprobarse examinando el manuscrito y observando si las modificaciones que hizo fueron en beneficio del estilo o del sentido. Antes, por supuesto, deberíamos

determinar qué es el estilo y qué es el sentido, un asunto que... Pero ya estaba ante la puerta de la biblioteca. Es seguro que la abrí, porque al momento apareció, como un ángel de la guarda que me cerraba el paso batiendo una toga negra en lugar de unas alas blancas, un amable señor con el cabello plateado y una mirada de desaprobación, y, mientras me hacía gestos para que me marchase de allí, me comunicó en voz baja que, desgraciadamente, a las mujeres solo se les permite la entrada en la biblioteca si van acompañadas de un miembro de la universidad o llevan encima una carta de recomendación.

Que una famosa biblioteca sea el blanco de los juramentos de una mujer es un hecho que deja del todo indiferente a la famosa biblioteca. Venerable y serena, con sus múltiples tesoros cerrados a cal y canto en su pecho, duerme con placidez y, por mi parte, puede seguir haciéndolo por toda la eternidad. Nunca más despertaré sus ecos, nunca más solicitaré su hospitalidad, todo eso me juré, indignada, mientras bajaba la escalera. Aún quedaba una hora para la comida del mediodía. ¿Qué podía hacer? ¿Pasear por los prados? ¿Sentarme a la orilla del río? De verdad que era una preciosa mañana de otoño; las encarnadas hojas revoloteaban hasta el suelo; el clima invitaba a hacer cualquiera de las dos cosas. Pero en ese momento oí una música. Estaban celebrando un oficio o una festividad. En el preciso instante en que pasaba ante la puerta de la capilla, el órgano emanaba un lamento soberbio. En medio de aquel aire sereno, incluso el dolor del cristianismo sonaba más bien como un recuerdo del dolor en vez de como el dolor de verdad, incluso los gemidos del antiguo órgano parecían empapados de paz. No habría

deseado entrar aunque me lo hubiesen permitido y, si lo hubiese intentado, puede que esta vez hubiera sido el sacristán quien me hubiera cerrado el paso para solicitarme el certificado de bautismo o una carta de recomendación del decano. Pero el exterior de estos majestuosos edificios suele ser tan bonito como el interior. Además, ya me divertía bastante observando sencillamente a los fieles que se reunían allí, que entraban y volvían a salir, atareados como abejas en la boca de un panal. Muchos llevaban toga y birrete, algunos llevaban estolas de piel sobre los hombros, otros iban en silla de ruedas, y los había que, pese a no superar la mediana edad, estaban tan arrugados y encorvados de unas formas tan peculiares que me recordaban a los cangrejos gigantes que se arrastran a duras penas por la arena de un acuario. Apoyada en la pared como estaba, la universidad me parecía de verdad un santuario donde se conservaban raras especies que se extinguirían a toda velocidad si tuviesen que luchar por su existencia en medio del Strand. Me vinieron a la cabeza viejas historias de viejos decanos y viejos catedráticos; pero, antes de que pudiese armarme de valor para silbar –porque antiguamente se decía que, cuando un viejo profesor oía un silbido, echaba a correr al momento–, la venerable congregación desapareció en el interior de la iglesia. Por suerte, me quedaba el exterior. Como ya sabéis, las cúpulas y los pináculos del edificio pueden verse desde muy lejos a través de las colinas, como si fuese un barco de vela que navegase por toda la eternidad sin llegar nunca a puerto, iluminado por la noche y visible a kilómetros a la redonda. Tiempo atrás probablemente esta universidad, con los jardines de césped impoluto y los imponentes edificios,

e incluso la capilla, también fue una marisma, donde el herbazal ondeaba al viento y los cerdos hozaban entre la maleza. Debieron de transportar la piedra desde lejanos condados, pensé, con carros tirados por bueyes y caballos, y después, con un esfuerzo titánico, colocaron los bloques grises que ahora proporcionaban sombra alineados uno encima del otro, y después llegaron los pintores con las vidrieras para las ventanas y los obreros trabajaron durante siglos subidos al tejado, con la masilla y el cemento, los picos y las palas. Cada sábado alguien debía verter oro y plata desde una bolsa de piel a las manos antiguas de esa gente porque seguro que al atardecer salían a divertirse. En ese claustro, reflexioné, debía manar constantemente un chorro inagotable de oro y plata para que las piedras siguieran llegando y los obreros no dejaran de trabajar: nivelando, picando, cavando y drenando. Pero era la época de la fe y se vertieron bolsas y bolsas de dinero para construir unos cimientos profundos y, cuando ya habían levantado los muros, aún se derramó más dinero, proveniente de los cofres de reyes y reinas y grandes nobles, para garantizar que aquí se cantasen himnos y se impartiesen clases. Se concedieron tierras y se pagaron diezmos. Y cuando se acabó la época de la fe y llegó la época de la razón, el chorro de oro y plata siguió manando: se crearon becas y plazas de profesor; la única diferencia era que el oro y la plata ya no provenían de los cofres del rey, sino de las arcas de comerciantes y fabricantes, de las bolsas de hombres que habían hecho fortuna con la industria, pongamos por caso, y que en su testamento devolvían una generosa cantidad a la universidad donde habían aprendido su oficio para que creasen

más cátedras, más plazas de profesores, más becas. De aquí salieron las bibliotecas y los laboratorios, los observatorios, la espléndida colección de delicados y valiosos instrumentos que ahora se exponen en vitrinas en los mismos sitios donde, siglos atrás, el herbazal ondeaba al viento y los cerdos hozaban entre la maleza. Mientras paseaba por el claustro, constaté que, ciertamente, los cimientos de oro y plata parecían muy profundos y el pavimento tapaba sin fisura alguna la hierba silvestre. Hombres con bandejas en la cabeza iban corriendo de una escalera a otra. Las macetas de las ventanas estaban llenas de flores de llamativos colores. Se oía la música de los gramófonos que salía de las habitaciones que daban al patio. Era imposible no abandonarse a la reflexión... Pero la reflexión, fuese la que fuese, quedó interrumpida. El reloj dio la hora de ir a comer.

Es curioso que los novelistas consigan hacernos creer que las comidas de sociedad siempre son memorables por un comentario muy ingenioso o una acción muy inteligente de algún comensal. Pero en raras ocasiones dedican una sola palabra a la comida que se sirve. Forma parte de la convención de los novelistas no decir una palabra de la sopa, el salmón o el pato, como si la sopa, el salmón o el pato no tuviesen la menor importancia, como si nadie fumase un puro o se bebiera una copa de vino. No obstante, yo me tomaré la libertad de romper esta convención y os diré que, en esa ocasión, la comida empezó con un lenguado servido en un plato hondo, sobre el cual el cocinero había extendido una capa de nata de un blanco immaculado, aunque había salpicaduras de unas cuantas manchas marrones como las que tienen los gamos. Después

trajeron las perdices, pero, si os estáis imaginando un par de pájaros marrones y solitarios en un plato, os equivocáis de cabo a rabo. Las perdices, numerosas y variadas, iban acompañadas de una comitiva de salsas y ensaladas, ácidas y dulces, siguiendo un riguroso orden: de patatas finas como monedas, pero no tan duras; de coles de Bruselas abiertas como capullos de rosa, pero más succulentas. En cuanto acabamos con el asado y su comitiva, el silencioso camarero, tal vez el mismo bedel de antes pero en una versión más amable, nos sirvió, rodeado por una corona de servilletas, un dulce que emergía de las olas, hecho todo de azúcar. Llamarlo pudín, una palabra que nos hace pensar en arroz y tapioca, sería un insulto. Mientras tanto, las copas de vino se habían teñido de amarillo y de carmesí, se habían vaciado y vuelto a llenar. Y así, poco a poco, se nos encendió, en medio de la columna vertebral, donde reside el alma, no aquella pequeña y desnuda bombilla que llamamos genialidad que nos entra y sale de la boca, sino aquel resplandor más profundo, sutil y subterráneo que desprende la intensa llama amarilla de las relaciones racionales. No hay la menor prisa. No hace falta destacar. No hay que ser ninguna otra persona más que nosotros mismos. Todos iremos al cielo y Van Dyck será uno de los nuestros... En otras palabras, qué maravillosa te parecía la vida, qué dulces sus recompensas, qué banales los resentimientos y los agravios, qué admirables la amistad y la compañía de tus iguales, mientras te encendías un buen cigarrillo y te recostabas entre los cojines del asiento de la ventana.

Si por casualidad hubiese tenido un cenicero a mano, si no hubiese tenido que tirar la ceniza por la ventana, si

las cosas hubiesen sido un poco diferentes de cómo eran, probablemente no habría visto el gato sin rabo. La visión repentina de aquel animal mutilado cruzando con sigilo el claustro hizo que, por algún capricho de la inteligencia subconsciente, cambiase la luz emocional que me rodeaba. Pareció que alguien bajaba una persiana. Quizá los efectos de aquel excelente vino blanco del Rin comenzaban a remitir. Lo cierto es que, mientras observaba al gato descolado, que se detuvo en mitad del césped como si él también cuestionara el universo, tuve la sensación de que algo faltaba, de que algo había cambiado. Pero ¿qué era lo que faltaba?, ¿qué había cambiado?, me pregunté sin dejar de seguir la conversación. Y, para poder responder, tuve que transportarme mentalmente fuera del comedor, al pasado, hasta antes de la guerra, y recrear ante mis ojos la imagen de otra comida que se celebró en una sala no muy lejos de aquella, pero diferente. Todo era diferente, de hecho. Mientras tanto, la conversación continuaba entre los invitados, que eran muchos y jóvenes, de uno y otro sexo; era una conversación fluida, agradable, libre, divertida. La superpuse a aquella conversación del pasado y, cuando las encajé, me quedó claro que una era la descendiente, la heredera legítima, de la otra. No había cambiado nada, no había nada diferente, salvo, quizá... Entonces escuché con atención no tanto lo que decían, sino el rumor, la corriente de fondo. Sí, ya lo tenía: eso era lo que había cambiado. Antes de la guerra, en una comida como esta, la gente habría dicho exactamente lo mismo, pero habría sonado distinto porque en aquella época eso iba acompañado de una especie de soniquete, que no era articulado, sino musical, emocionante, y que

transformaba el valor de las propias palabras. ¿Podía traducirse a palabras aquel runrún? Tal vez era posible con la ayuda de los poetas. Tenía un libro a mi lado y, cuando lo abrí, por casualidad me topé con Tennyson. Y me encontré que Tennyson entonaba estos versos:

*Allí ha caído una lágrima espléndida
de la pasionaria del umbral.
Ya viene, mi paloma, mi amor;
ya viene, mi vida, mi destino;
la rosa roja grita: «Está cerca, está cerca»;
y la rosa blanca solloza: «Llega tarde»;
la consuelda escucha: «Ya la oigo, ya la oigo»;
y el lirio susurra: «La espero».*

¿Era eso lo que tarareaban los hombres en las comidas de sociedad de antes de la guerra? ¿Y las mujeres?

*Mi corazón parece un pájaro canoro
cuyo nido está en un pantano;
mi corazón parece un manzano
de ramas dobladas por los henchidos frutos;
mi corazón parece una concha arcoíris
que flota en un mar púrpura;
mi corazón está aún más alegre
porque viene a verme mi amor.*

¿Era eso lo que tarareaban las mujeres en las comidas de sociedad de antes de la guerra?

Me pareció tan ridículo pensar que la gente tarareaba estas cosas, aunque fuese entre dientes, en las comidas de sociedad de antes de la guerra que me eché a reír y, para justificar mi carcajada, señalé el gato sin rabo, que

de verdad resultaba algo absurdo, pobre bestia, allí plantado en medio del césped sin cola. Debía de haber nacido así o a lo mejor había perdido el rabo en un accidente. Los gatos sin cola, aunque se dice que existen unos cuantos en la isla de Man, son más raros de lo que creemos. Son unos animales extraños, más pintorescos que bonitos. Es curioso que una cola suponga una diferencia tan grande... El típico comentario que lanzas cuando se acaba una comida y la gente va a buscar los abrigo y los sombreros.

Esa en concreto, gracias a la hospitalidad del anfitrión, se había alargado hasta bien entrada la tarde. Aquel precioso día de octubre comenzaba ya a oscurecer y las hojas caían de los árboles mientras caminaba por la avenida. Parecía que las puertas se cerrasen a mi paso, una tras otra, con suavidad pero irrevocablemente. Un número infinito de bedeles metían un número infinito de llaves en cerraduras bien engrasadas; una noche más, se aseguraban de que la cámara del tesoro quedase cerrada a cal y canto. Al final de la avenida vas a parar a una calle –de la cual ahora no me acuerdo cómo se llama– que te lleva, si no te equivocas de cruce, hasta Fernham. Pero tenía tiempo de sobra. La cena no empezaba hasta las siete y media. Y casi no hacía falta cenar, después de una comida como aquella. Es extraño que un par de versos puedan tener este efecto en la mente y hacer que las piernas se muevan al ritmo del poema. Esas palabras...

*Allí ha caído una lágrima espléndida
de la pasionaria del umbral.
Ya viene, mi paloma, mi amor.*